



## Hallan en Samos pecios de 2.400 años

La importancia del sudeste del Mediterráneo en la navegación y el comercio en el mundo clásico ha quedado patente con el descubrimiento de pecios de 2.400 años de antigüedad en la isla de Samos. El arqueólogo Teotokos Theodulos estuvo encargado de la supervisión submarina de las reliquias. (EFE)



sociedad@eluniversal.com.mx

# Novelista con alma de poeta

Paul Auster  
cultura@eluniversal.com.mx

## PRIMERA PARTE

Le estreché la mano por primera vez en la primavera de 1967. Por entonces yo era un estudiante de segundo curso en Columbia, un muchacho sin formar con ansia de libros y la creencia (o ilusión) de que algún día tendría las suficientes cualidades para considerarme poeta, y como leía poemas, se conocía a su tocayo del infierno de Dante, un muerto que iba arrastrando los pies por los últimos versos del canto veintiocho del *Inferno*.

Bertran de Born, el poeta provenzal del siglo XII, que llevaba cogida del pelo su cabeza cortada, haciéndola oscilar de un lado a otro como un farol: sin duda una de las imágenes más grotescas de ese extenso catálogo de alucinaciones y tormentos. Dante era un defensor incondicional de los escritos de De Born, pero lo recondujo a la condenación eterna por haber aconsejado al príncipe Enrique que se rebelara contra su padre, el rey Enrique II, y como el poeta originó la división entre padre e hijo convirtiéndolos en enemigos, el ingenioso castigo de Dante fue dividirlo a él mismo. De ahí el cuerpo decapitado que va gimiendo por el inframundo, preguntando al viajero florentino si puede haber dolor más terrible que el suyo. Cuando se presentó como Rudolf Born, inmediatamente pensé en el poeta. ¿Algún parentesco con Bertran?, le pregunté. Ah, contestó, esa desventurada criatura que perdió la cabeza. Quizá, pero me temo que no parece probable. No tengo el *de*. Para eso hay que poseer un título de nobleza y la triste verdad es que soy de todo menos noble. No recuerdo en absoluto por qué me encontraba allí. Alguien debió invitarme, pero hace mucho que se me fue de la memoria quién pudo ser. Ni siquiera me acuerdo de dónde se celebraba la fiesta —en el norte o en el centro de la ciudad, en un apartamento o en un loft— ni de mis motivos para aceptar la invitación en primer lugar, porque por aquella época tendía a evitar las grandes congregaciones de gente, hartado del barullo de la multitud que habla mucho y dice poco, azorado por la timidez que me desbrochaba en presencia de personas desconocidas. Pero aquella noche, inexplicablemente, dije que sí y acompañé a mi olvidado amigo adondequiera que me llevase. Lo que recuerdo es lo siguiente: en cierto momento de la velada, me encontré solo en un rincón de la estancia. Estaba fumando un cigarrillo mientras observaba a la gente, docenas y docenas de jóvenes cuerpos apiñados en los confines de aquel espacio, oyendo la estruendosa mezcla de palabras y risas, preguntándome qué demonios hacía allí y pensando que tal vez era hora de marcharme. Había un cenicero sobre un radiador a mi izquierda, y al volverme para apagar el pitillo vi que, sujeto en la palma de la mano de un desconocido, el receptáculo lleno de colillas se elevaba hacia mí. Sin que lo hubiera advertido, dos personas acababan de sentarse en el radiador, un hombre y una mujer, ambos mayores que yo, y sin duda con más años que ninguno de los que se encontraban en la habitación: él, alrededor de los treinta y cinco; ella, veintinueve o treinta. Hacían una extraña pareja, a mi modo de ver, Born con un arrugado traje blanco de lino, un tanto sucio, y una camisa blanca igualmente arrugada bajo la chaqueta, y la mujer (que según resultó se llamaba Margot) toda vestida de negro. Cuando le agradecí el cenicero, me dirigió un leve y cortés movimiento de cabeza y dijo Encantado con un ligerísimo acento extranjero. Francés o alemán, no sabía decir, pues su inglés era casi impecable.

¿Qué más observé en aquellos primeros momentos? Piel clara, descuidado cabello pelirrojo (más corto de lo que solía llevarse por entonces), facciones amplias y regulares, sin nada especialmente destacable (un rostro corriente, en cierto modo, una cara que resultaría invisible entre cualquier multitud), y ojos castaños de mirada firme, los ojos perspicaces de alguien que no parecía tener, ni aldo a nada. Ni delgado ni robusto, ni alto

En la entrevista que Paul Auster ofreció a la revista *Granta* para platicar sobre su reciente novela *Invisible*, el autor estadounidense nacido en 1947 negó que se trate de una novela autobiográfica y sin embargo, la historia que arranca en 1967 en Nueva York, tiene como protagonista a Adam Walker, un joven aspirante a escritor de cosas atribuíbles a la vida del narrador. La novela publicada por Anagrama, de la que KIOSKO ofrece un adelanto, plantea al inicio: “Por entonces yo era un estudiante de segundo curso en Columbia, un muchacho sin formar con ansia de libros y la creencia (o ilusión) de que algún día tendría las suficientes cualidades para considerarme poeta”. Es el protagonista el que cuenta esa historia tan parecida a la de Auster. Igual que su personaje, el celebrado escritor estadounidense estudió literatura en la Universidad de Columbia, en Nueva York, entre 1965 y 1967. Tal vez puras coincidencias, pero la novela tiene mucho de él. (Yanet Aguilar)



TRAMA. A lo largo de 283 páginas, el autor teje una trama laberíntica en la que también interviene la hermana del estudiante

ni bajo, pero dando a pesar de ello cierta sensación de fuerza física. Quizá debido al sensor de sus manos. En cuanto a Margot, permanecía quieta sin mover un músculo, mirando al vacío, como si la misión principal de su vida fuera la de parecer aburrida. Pero interesante, me atraía para mis veinte años, con su pelo negro, suéter negro de cuello vuelto, minifalda negra, botas de cuero negro, y espeso maquillaje oscuro en torno a sus grandes ojos verdes. No era una beldad, quizá, sino una representación de la be-

lleza, como si encarnara algún ideal femenino de la época con su apariencia de estudiado estilo. Born dijo que Margot y él estaban a punto de marcharse, pero entonces me vieron solo en el rincón, y como tenía aquel aire tan desdichado, decidí acercarme para animarme un poco: sólo para asegurarse de que no me rebanaría el cuello antes de que acabara la noche. Me quedé sin saber cómo interpretar aquella observación. ¿Estaba insultándome aquel hombre, me pregunté, o intentaba realmente mostrarse amable con un muchacho desconocido que parecía perdido? En las palabras de Born había cierto tono de broma que desarmaba, pero en sus ojos brillaba una expresión fría y distante, y no pude evitar la sensación de que, por razones que se me escapaban por completo, me estaba provocando, poniéndome a prueba. Me encogí de hombros, y dirigiéndole una tenue sonrisa, repuse: Lo crea o no, me estoy divirtiendo como nunca. Entonces fue cuando se incorporó, me dio la mano y me dijo su nombre. Tras mi pregunta sobre Bertran de Born, me presentó a Margot, que me sonrió en silencio y luego volvió a su tarea de mantener la mirada perdida. A juzgar por su edad, me dijo Born, y considerando su conocimiento de oscuros poetas, yo diría que es usted estudiante. De literatura, sin duda. ¿En la Universidad de Nueva York o en Columbia? ¿Columbia, sí, pero en Columbia? ¿Qué sitio tan lúgubre? ¿Lo conoce? Desde septiembre doy clases en la Facultad de Relaciones Internacionales. Como profesor visitante con contrato de un año. Afortunadamente, ya estamos

**“Escribo poemas, sí. Y también algunas críticas de libros en el *Spectator*. El periodichucho universitario. Todo el mundo tiene que empezar en alguna parte.**

Paul Auster, escritor

en abril, y dentro de dos meses me volveré a París.

Así que es francés.

Por circunstancias, inclinación y pasaporte. Pero soy suizo de nacimiento.

¿Suizo francés o alemán? Percibo en su voz algo de ambas cosas. Born hizo un ruidoito chasqueando la lengua y luego me miró fijamente a los ojos. Tiene buen oído, me contestó. En realidad, soy las dos cosas: el producto híbrido de una madre germanohablante y un padre francófono. Me crié hablando indistintamente las dos lenguas. Sin saber qué decir a eso, me detuve un momento y luego le hice una pregunta inocua: ¿Y qué enseña en nuestra deprimente universidad? El desastre. Es un tema bastante amplio, ¿no le parece?

Más en concreto, las calamidades del colonialismo francés. Doy un curso sobre la pérdida de Argelia y otro acerca de la retirada de Indochina. La encantadora guerra que ustedes nos han legado. No hay que subestimar la importancia de la guerra. Es la expresión más pura y vívida del espíritu humano. Empieza usted a

parecerse a nuestro poeta descabezado. ¿Ah? Vea que no lo ha leído. Ni una palabra. Sólo lo conozco por el pasaje de Dante. De Born es un buen poeta, incluso puede que excelente, pero profundamente perturbador. Escribió unos poemas de amor encantadores y un conmovedor lamento a raíz de la muerte del príncipe Enrique, pero su verdadero tema, lo único que parecía interesarle con genuina pasión, era la guerra. Le reprodujo auténtico deleite. Haciendo, repuso Born, dirigiéndome una irónica sonrisa. Un hombre con el que me identifico. Me refiero al placer de observar cómo los hombres se parten el cráneo unos a otros, de ver cómo, envueltos en llamas, derrumbándose, de contemplar a los muertos con lanzas atravesadas en los costados. Todo muy sanginario, créame, y De Born ni se estremece. La sola idea de un campo de batalla lo llena de felicidad. Me parece que no tiene usted deseos de convertirse en soldado. Ninguno. Prefiero ir a la cárcel antes que combatir en Vietnam. Y suponiendo que se libre de la cárcel y el ejército, ¿qué planes tiene? Ninguno. Sólo seguir con lo que estoy haciendo y esperar a que me salga bien. ¿Y qué es? Escribir. El arte de emborrionar papel.

Eso pensaba. Cuando Margot le dio al otro extremo de la habitación, me vió: Fíjate en aquel chico de ojos tristes y aire pensativo: qué te apuestas a que es poeta. ¿Es usted poeta?

Escribo poemas, sí. Y también algunas críticas de libros en el *Spectator*. El periodichucho universitario. Todo el mundo tiene que empezar en alguna parte. Interesante... No tanto. Casi todos los tipos que conozco quieren ser escritores.

¿Por qué dice quieren? Si usted ya lo está haciendo, entonces no se trata del futuro. Ya ocurre en el presente.

Porque todavía es muy pronto para saber si se me da bien. ¿Le pagan por esos artículos? Claro que no. Es una publicación de la universidad. En cuanto le empiecen a pagar por su trabajo, sabrá que se le da bien. Antes de que pudiera contestar, Born se volvió de pronto hacia Margot y anunció: Tenías razón, cariño. Tu jovencito es poeta. Margot alzó los ojos hacia mí, y con una expresión indiferente, escrutadora, habló por primera vez, pronunciando las palabras con un acento mucho más marcado que el de su compañero: una inconfundible cadencia francesa. Yo siempre acierto, afirmó. Ya deberías saberlo, Rudolf.

Poeta, prosiguió Born, dirigiéndose todavía a Margot, ocasional crítico de libros, y estudiante en esa lúgubre y elevada fortaleza, lo que probablemente significa que es vecino nuestro. Pero no tiene nombre. Al menos que yo sepa.

Me llamo Walker, repuse, dándome cuenta de que había olvidado presentarme cuando nos dimos la mano.

Adam Walker, repitió Born, apartando la cabeza de Margot y mirándome mientras esbozaba otra de sus enigmáticas sonrisas. Un nombre norteamericano serio y responsable. Discreto y sonoro, muy de fiar. Adam Walker. El solitario cazador de recompensas de un *western* en Cinemascope, rondando por el desierto con un revólver y una escopeta de dos cañones en su alazán castrado. O sí no, el honrado y bondadoso médico de una serie televisiva, trágicamente enamorado de dos mujeres a la vez.

Parece de fiar, contesté, pero en Norteamérica nada lo es. Ese nombre se lo dieron a mi abuelo cuando puso el pie en la isla de Ellis en mil novecientos. Por lo visto, Walshinsky era demasiado difícil para las autoridades de inmigración, así que le pusieron Walker. Vaya país, observó Born. Funcionarios analfabetos robándole a un hombre su identidad de un simple plumazo. Su identidad, no. Sólo su nombre. Trabajó treinta años de carnicero kosher en el Lower East Side. Hubo una hora más después de aquello, y los largos días de charla que saltaba sin rumbo de una cuestión a otra. Vietnam y la creciente oposición a la guerra. Las diferencias entre Nueva York y París. El asesinato de Kennedy.

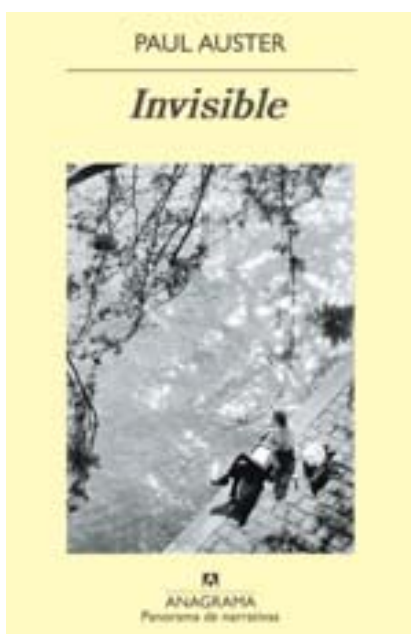
El embargo comercial de Estados Unidos a Cuba. Temas impersonales, sí, pero Born tenía sólidas opiniones acerca de todo, a menudo estrafalarias, poco ortodoxas, y como formulaba su discurso en un tono entre desdichoso y burlón, malicioso y descendiente, yo no estaba muy seguro de que hablara en serio. En ciertos momentos, parecía un extremista de derechas; en otros, proponía ideas que hacían pensar en un anarquista de los que lanzan bombas.

¿Acaso intentaba provocarme, me pregunté, o era su habitual manera de proceder, su forma de divertirse un sábado por la noche?

Publicado por cortesía de Editorial Anagrama

## ALGUNOS DE SUS LIBROS MÁS LEÍDOS

- 2008. Un hombre en la oscuridad
- 2006. Viajes por el Scriptorium
- 2005. Brooklyn Follies
- 2004. La noche del oráculo
- 2002. El libro de las ilusiones
- 1999. Tombuctú
- 1994. Mr. Vértigo
- 1992. Leviatán
- 1990. La música del azar
- 1989. El palacio de la Luna
- 1985. La trilogía de Nueva York



OBRA. Esta es la novela número quince del escritor estadounidense

eluniversal.com.mx/showbis

Lee toda la primera parte en <http://www.eluniversal.com.mx/grafico/pdf09/kiosko/adelantos.html>

Únete a nosotros a través de facebook en el grupo KIOSKO-EL UNIVERSAL